

La casa de la mamá Ascensión

Laura Daniela Maya Moreno

Hay frente a mi casa un mundo escondido tras una puerta. Veo a mi abuela alistar el pan.

—Vamos. Me sonrío, tomando mi pequeña mano.

Salimos de la casa y cruzamos la calle. Salto emocionada por la aventura que vendrá. Damos tres golpes, nunca son más, nunca son menos.

Se abre el portal y aparece ella, una viejita, ya curca por los años, moviéndose más lento que el mismo tiempo y sonriendo su oro hacia nosotras.

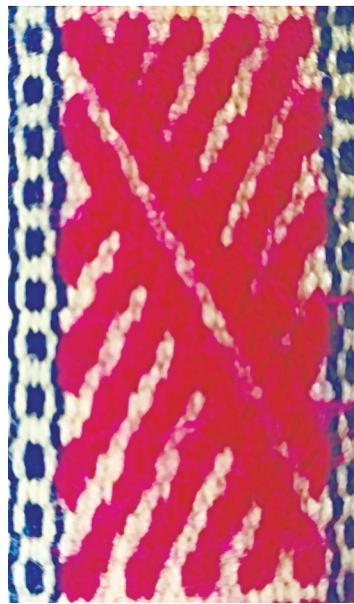
—Puangui,¹ me dice, y ese es su saludo que inicia la magia.

Se cierra la puerta y el mundo desaparece. A lo lejos se ve la tulpa² con su llamita tenue iluminando el piso, que es tierra, la misma tierra mía, la de ella, y la de todas las historias que voy a escuchar.

Corro emocionada a mi banco preferido, ese pequeño que tiene una careta grabada a los costados, no logro verla con claridad por la falta de luz, pero puedo sentir su madera tallada

con mis curiosos dedos; los grandes pómulos, los dientes de su boca abierta, sus ojos vacíos perdidos eternamente en un grito.

Mi abuela empieza a hablar con magia y el fuego se mueve. Los olores de eucalipto me



Chumbe, faja tejida por mama Conchita Jacanamijoy, Putumayo.

saludan desterrando el artificial floral de mi ropa. Y siento el primer ataque... Llegaron los pequeños monstruos. ¿Tan rápido? ¿Habrán sentido mi miedo?

Subo de inmediato mis pies y examino el recinto a la altura de mi vista. No los veo, pero ahora puedo escucharlos.

¡Escuadrón 1, hacia las ollas!

¡Escuadrón 2, hacia la escoba!

¡Escuadrón 3, hacia la niña!

Veo sus peludos cuerpos con esos ojos rojos buscando mi posición. Sus gritos de batalla hacen temblar mi cuerpo. ¡Se acercan, se acercan!

—No se asuste, mijita, que no le hacen nada. Me dice la mamá “Censión”.

Así, sus palabras activan el contraataque. Empiezan a chocarse entre ellos y corren a esconderse bajo las bancas, desde donde me vigilan. Pero su hechizo ha caducado, y vuelven a ser sólo cuyes.

Me pasan la tacita de peltre escaldada con la poción dulce, preparada especialmente para mí. La bebo lentamente degustando los sabores de las plantas. Y por fin, logro entender una palabra de mi abuela. ¿La habrá dicho en español, o empiezo a entender la magia? Me concentro en el fuego para descubrir la historia de hoy. Él me sonrío con malicia e inicia su cuento.

Veo una quebrada cristalina, rodeada de algunos dientes de león y un pequeño niño cortándolos. En el agua se forman ondas y lentamente sale un enorme sombrero de paja que tiene pegado a un hombrecito sonriente, con nariz grande y uñas afiladas.

Le ofrece al niño una flor hermosísima, muy roja y salvaje: la wasimba.³ Sus pequeñas manos sueltan la vida y agarran la trampa. Sin poder soltarse, el niño se funde lentamente con las aguas que se agitan con fuerza, hasta que desaparece totalmente y vuelven a ser cristalinas. El hombrecillo sonrío a través del fuego, se hace más y más grande burlándose de mí.

Mi abuela me toma de la mano, salvándome, y se abre de nuevo el portal.

—Kaiakama.⁴ Me dice la mamá “Censión” cerrando la magia, dándome unos golpecitos en la cabeza con sus manitos arrugadas.



Tejido de Paracas, lana y algodón, 300–200 a. C., descubierto en Perú.

Regresamos nuevamente a la luz del sol que ya se está poniendo, doy una última vista a la casa naranja con azul, la puerta se cierra y la magia de la mamá Ascensión desaparece.

Notas

- 1 Puangi. Palabra inga que significa: ¿Está bien? (Saludo que equivale a “buenos días, buenas tardes”, etc.)
- 2 Fogón de leña.
- 3 Flor representativa del Putumayo. Nombre científico: *Tigridia pavonia*.
- 4 Kaiakama. Palabra inga que significa: ¡Hasta mañana!

Laura Daniela Maya Moreno. Estudiante de Filología Hispánica de la Universidad de Antioquia. Integrante del Semillero en Diversidades y Saberes Ancestrales, GELCIL, Facultad de Comunicaciones.